

PUNTOS DE SUSCRICION EN SEVILLA.

Redaccion y administracion libreria de José M. del Campo, calle Génova n. 17 moderno.-Sres. hijos de Fé, Tetuan; y en las principales librerías.

PRECIOS:—Por un mes en Sevilla, 6 rs.—Por tres meses, 17.—Seis meses, 32.—Y un año 60.

Números sueltos, 2 rs. y un real para los niños, soldados y cesantes.

EL PADRE ADAM,

PERIÓDICO SATÍRICO,

DE POLÍTICA Y COSTUMBRES,

CON CARICATURAS, LÁMINAS DE ACTUALIDAD Y OTRAS COSAS QUE VERÁN LOS QUE SEAN HIJOS DE ADAM É HIJAS DE NUESTRA MADRE EVA.

DIRECTOR Y DIBUJANTE,
LUIS MARIANI.

Único punto de suscripcion y venta en Madrid: Kiosco de D. José Nogueras, frente al café Oriental, Puerta del Sol, esquina á la calle de Preciados.

PUNTOS DE SUSCRICION FUERA DE LA CAPITAL.

Por medio de nuestros corresponsales, en las librerías ó directamente enviando el importe de tres meses en libranzas de fácil cobro. La correspondencia con sobre al Director del PADRE ADAM.

PRECIOS:—Fuera de la capital, 18 rs. el trimestre enviando el importe á esta administracion.—Por comisionado, 2 rs. mas.—América y extranjero: 34 rs. el trimestre; 60 el semestre y 110 por un año.

ANUNCIOS.
A precios convencionales.

SALE Á LUZ CADA CUATRO DIAS, EN LA MISMA FORMA Y DIMENSIONES DEL PRESENTE NUMERO.

A LOS ESPAÑOLES PAGANOS.

A fin de que sepan á qué atenerse los españoles que se encuentran amenazados de pagar el desdichado IMPUESTO PERSONAL, llamado DE-CAPITACION, para exigir el cual se están repartiendo los correspondientes padrones, insertamos á continuacion el artículo 15 de la Constitucion aprobado por las Córtes Constituyentes en la sesion del 20 de abril próximo pasado.

Dice así:

Artículo 15.—«Nadie está obligado á pagar contribucion que no haya sido votada por las Córtes, ó por las corporaciones populares legalmente autorizadas para imponerla, ó cuya cobranza no se haga en la forma prescrita por la ley.

Todo funcionario público que intente exigir ó exija el pago de una contribucion sin los requisitos prescritos en este artículo, incurrirá en el delito de exaccion ilegal.»

Es así, que el IMPUESTO PERSONAL no ha sido votado por las Córtes, todo español que no tenga gusto en pagar el desdichado engendro del actual ministro de Hacienda, puede resistirse legalmente al pago, escudado con la prescripcion constitucional.

Y no hay que oponer el que la actual Cons-

titucion no está aún proclamada, pues en cualquiera de las constituciones anteriores en que quieran apoyarse los que se empeñan en un imposible, cual es el cobro en cuestion, está consignado lo mismo.

Solo la arbitrariedad, solo la fuerza, puede cobrar impuestos no votados por las Córtes.

Apóyese el pueblo en su derecho, que este es mas fuerte que los fusiles y los cañones rayados.

LA CONTINUACION DEL MAL.

Se trata de una regencia serrana.

Esta es una verdadera partida idem.

Partida que vá á partir á muchos hombres y á muchos partidos.

A Prim no sé si lo dejará entero el proyecto de regencia, si llega á realizarse.

Los progresistas quedan como despedidos, aunque indirectamente.

Los demócratas-monárquicos, ó tendrán que romper filas y marcharse cada cual á sus antiguas tiendas, ó quedarse aguardando la venida de los pastores, en Belem.

Los unionistas, que habrán conseguido colocar á su gefe de capatáz, irán ganando mucho en los primeros momentos, pero quedan

enteramente aislados de los elementos que les ayudaron á llevar á cabo la gloriosa de setiembre.

Los republicanos son los que mas bien ganan que pierden, pues además del elemento popular con que siempre cuentan, les entrará de refuerzo ciertas personalidades que serán recibidas como ovejas descarriadas.

Por el pronto, los unionistas habrán ganado la partida, pero el conservar la ganancia será lo difícil. Los demás partidos volverán á bajar, y todos harán por verle los pies á la sota.

Escusado es añadir que el país sale siempre perdiendo en estos juegos.

Se entiende, hasta que el país quite la baraja de manos de los jugadores y se quede él de banquero.

La regencia única del duque de la Torre, del general Prim ó del Sr. Rivero, ¿habrá resuelto la crisis actual?

De ninguna manera.

Aun cuando se formase una regencia de estos tres hombres, á quienes las circunstancias han calificado de importantes, nada se adelantaría para hacer que el país adquiriera condiciones menos peligrosas que las en que se encuentra en la actualidad.

Es mas; me atrevo á asegurar que aunque se formase un consejo supremo de gobierno compuesto de los hombres mas notables de los partidos unionista, demócrata, republicano y progresista, la nación no perdería el carácter que hoy la distingue de intranquila y hondamente disgustada.

El país, valiéndonos de una antigua y vulgar frase, quiere, ya que está en el borrico, llevar los azotes.

El país quiere, ó acabar de constituirse de una vez, ó que de una vez se lo lleve todo el demonio.

El país no está por los términos medios.

Los medios términos son los que han traído al país al estado en que hoy se encuentra.

Al país no se le puede decir: aguarda un poco de tiempo mas, y conténtate por hoy con cualquier cosa.

Los males que afligen profundamente á la patria no se curan con paliativos. Necesita de remedios heróicos y radicales que los combatan de frente.

La Hacienda, donde tiene el país la raiz de su enfermedad, no puede ser curada por un emplasto en que entre toda clase de medicamentos.

Una regencia única, trina, ó un supremo consejo ó directorio, sería un verdadero emplasto.

Emplasto de ranas, por supuesto.

El país solo puede curarse de la fiebre que lo consume y aniquila, constituyéndose definitivamente.

El dilema está presentado.

Es preciso que el pueblo tenga una forma de gobierno que respetar, para que se encausen los elementos que constituyen la vitalidad del país, desparramados y sin acción á causa del movimiento de setiembre.

No queda constituido el país, votándose la forma monárquica ó republicana, y nombrando una regencia ó directorio con el carácter de *mientras tanto*.

Votar la monarquía y no presentar al momento el monarca, malo.

Votar la república y no ponerla en ejercicio al momento, malo, perjudicial en alto grado.

Lo que haya de ser, es de absoluta necesidad que sea al instante.

Un poder de transición, es imposible en el estado en que hoy se encuentra el país.

La regencia, el consejo supremo ó directorio, no haría más que acabar de desordenar las fuerzas de la patria.

¿Qué significaría una regencia en las actuales circunstancias?

Nada más que un poder interino, encargado de preparar violentamente al país para la venida del nuevo rey.

Nada más que un poder interino encargado de perseguir, encarcelar y enviar á remotos destierros á los hombres que pudiesen hacer sombra al nuevo rey.

Nada más que un poder interino que alejara todo motivo de disgusto que pudiese acarrear a la proclamación del nuevo rey.

Nada más que un poder interino que preparase el terreno de modo que apareciera un entusiasmo ficticio en la recepción del nuevo rey.

Nada más que un poder interino que ensayara el modo de aniquilar las fuertes huestes que han de hacer frente al nuevo rey.

Nada más que hacer ver a la Europa oficial que el pueblo español aclamaba al nuevo rey como al iris de su ventura.

Nada más que esto significaría la regencia, consejo ó directorio.

Nada más, aunque pertenecieran a este poder interino uno ó dos individuos de los más ardientes de la minoría republicana; porque ya se sabe que cuatro votos se sobreponen á dos, y escusado es añadir aquí una lección de aritmética.

Nada más que un poder de esta naturaleza significaría una regencia en los momentos actuales.

Significaría más.

Significaría el desconcierto final de la actual situación.

La idea de un poder supremo interino sería bien admitida, si fuera á ser desempeñado por hombres que no estuviesen ligados á los hombres funestos que dirigen los negocios públicos desde que fué consumada la revolución de setiembre.

Ninguno de los hombres que componen el poder Ejecutivo, es á propósito para inspirar confianza á la mayoría del país, pues casi todos sus actos han sido condenados por la opinión pública.

Han cometido todos, errores gravísimos, tal vez con la mejor buena fé, y con el deseo de mejorar la situación del país.

El duque de la Torre, ó el marqués de los Castillejos, designados para desempeñar el poder interino, ¿no han sido y son el alma del poder Ejecutivo?

Estos dos hombres, ¿no han estado eger-

ciendo la autoridad soberana?

¿Han tenido más si algún poder más soberano que les coarte sus determinaciones?

Para tomar medidas enérgicas y salvadoras, ¿se han visto contrariados por antiguos obstáculos tradicionales?

El único poder que ha estado más alto que ellos, (las Córtes), ha puesto alguna cortapisa á todo lo que han decretado?

¿Y qué se puede esperar de unos hombres que se han hecho solidarios de los errores financieros y administrativos de sus compañeros Figuerola y Sagasta?

Solo una cosa se conseguiría.

Acabar de hundir en el abismo á este pobre país, aplazando su constitución definitiva.

Porque la experiencia ha demostrado que ellos no son los hombres grandes que la Providencia envía á las naciones en sus grandes y comprometidas crisis.

La regencia, el consejo supremo ó el directorio, nada significarían más que prolongar por más tiempo la perjudicial interinidad que atravesamos.

Hombres que os hallais al frente de este país desgraciado, ved lo que haceis.

Sed francos y manifestad claramente al país donde vais, y á qué abismo ó Paraíso conducís á una sociedad de quince ó veinte millones de habitantes.

Si teneis un hombre á quien os ligen fuertes y absurdos compromisos para conquistarle la soberanía real de las Españas, manifestadlo al país con la franqueza de los hombres honrados y valientes.

No continueis por Dios bajo ese sistema ambiguo, que nada determina y que nos pierde á todos.

Nada de oscuros conciertos, que serán desbaratados violentamente apenas salgan á luz.

Consultad al país, consultad la opinión pública demasiado manifiesta, y esta os dará la clave de la conducta que debéis observar para salvaros y salvadnos.

La regencia nada resuelve.

Al contrario, todo lo embrollaría más de lo que está.

EL GOBIERNO.

Un lector.—Hombre, vamos á ver que dice el *Padre Adam* del gobierno.

Probablemente le irá á plantar un par de banderillas á topa-carnero.

Otro lector.—Yó, no he visto un padre que sea más crítico y más enemigo del gobierno que el *Padre Adam*. A todo lo que hace ó dice el gobierno le encuentra un pero el *Padre*. ¿Querrá quizá que el gobierno le dé una canongía como la de Ortiz de Pinedo, ó alguna mitra por el estilo de las que ha dado Ayala á sus parientes en Ultramar?

Otro.—El *Padre Adam* no necesita de canongías, mitras, ni otro beneficio sólido. ¿Qué más canongía que tener más suscripciones que el *Times*, y vender más números á dos cuartos que la Correspondencia en España y en todos los puntos del globo donde se *chapurre* un poco el castellano? Si el *Padre* anda siempre buscándole las costuras al gobierno provisional, es porque este coje siempre el rábano por las hojas, y nó por donde un gobierno hijo de la revolución debe cojerlo. Y como el *Padre* es tan amante de los españoles, (y de las españolas), y vé que quien ha de pagar los desaciertos del gobierno han de ser aquellos, (y aquellas), he ahí el por qué de su oposición á todos los actos de un poder que lleva camino de cometer un españolicidio.

En fin; arrime Vd. esa luz, porque el *Padre* con el fin de que su periódico tenga mucha lectura le pone una letra tan chiquirritilla.....

Se titula el artículo, EL GOBIERNO.

Otro.—¿No lo dije? Siempre contra el gobierno.

El Padre Adam.—Pues se equivocan ustedes, señores; hoy estoy que trino con el gobierno, y yá es una razón para no pegarla con él, y sí con los extranjeros. En esto soy como los gitanos; que cuando dos de ellos se contrapuntean de palabras, en lugar de abrirse mutuamente un agujero en la barriga, se lo abren si pueden al primer prójimo que encuentran extraño á su raza.

Mi cólera la voy á pegar no contra el gobierno que es de ella causa, sino contra los extranjeros que tienen la culpa de que el gobierno me encolerice. Entre tirarle un bocado á un compatriota ó á los extranjeros, prefiero tirárselo á los últimos.

Nó, no me hagan ustedes señas de que hable ba-

jo; porque lo mismo tengo con el Sultan Abdul-Asís de Turquía, que con el autócrata Alejandro de Rusia, como con el rey Federico Guillermo, ó el emperador Napoleón III.

La causa de nuestros males pasados, presentes y probablemente los futuros, proceden de que los gobiernos extranjeros han de meterse á dirigir nuestros asuntos.

Es verdad que no se meterían ni se habrían metido, si nuestros gobiernos tuviesen más españolismo, y más de aquello que tenemos to dos detrás de la tetilla izquierda.

Pero yá se vé; nuestros gobiernos le temen más al ceño de un monarca extranjero que á la ira de Dios, y tiemblan á la idea de una intervención armada, como si los españoles no fueran capaces de comerse crudos, (como ya se los han comido en ocasiones), á cuantos extrangerotes traspasaran nuestras fronteras con caras *feroches*.

Y el que crea que estas son fanfarronadas hispano-lusitanas, no tiene más que ir al cuartel de los inválidos de París, llegarse al panteón donde reposa el gran Napoleón I, (el justamente apellidado capitán de este siglo), y preguntarle si se nos puede untar la oreja con saliva contra nuestra voluntad.

Los descalabros que los extranjeros han sufrido siempre que se han metido con nosotros, no les ha hecho cejar en su propósito de tenernos bajo su tutela; pero es por que estamos condenados á tener al frente de nuestros destinos á hombres que se derrieten como la cera cuando un embajador les habla un poco gordo.

Ahí teneis la prueba en el gobierno provisional.

¿Creen ustedes que muchos de sus individuos no han nombrado yá al rey que tienen preparado *ab initio* por miedo á los españoles?

¿Qué disparate!

Por miedo á Napoleón III, que no habrá economizado las bravatas y las notas secretas.

¿Creen ustedes que muchos ministros del Ejecutivo no tienen simpatías y afecciones por la forma de gobierno del pueblo, y por el pueblo?

Pues si no hubiesen mirado tanto hácia el Pirineo, ya hace mucho tiempo que habrían gritado ¡viva la república! y de la república estaríamos disfrutando á esta fecha sin que ningun alma de cántaro se determinara á chistar ni á respirar siquiera.

Y esta es la hora en que el gobierno de la revolución está hecho una pelota, sin saber que hacer, sin saber á que carta quedarse, porque hay que resolverse á darle á esto una forma cualquiera, y te-

me las *complicaciones* con que indudablemente se le estará amenazando desde un principio.

Y por este temor se contrarian las aspiraciones populares, se choca con la opinion del país, claramente pronunciada, y se arrostran todas las consecuencias de la impopularidad, terribles en los momentos actuales en que tan justamente soliviantados se encuentran los ánimos y las pasiones de todos.

¿Y quiénes son los culpables de este lastimoso estado?

No es el poder Ejecutivo.

No son Serrano, Prim y Topete, nó.

Los culpables son los extranjeros que me asustan continuamente con bravatas de estilo portugués á los tímidos personajes que componen el gobierno de la España revolucionaria.

Y no es por que los ministros revolucionarios no sean valientes y decididos.

Yá dieron de ello irreparables pruebas cuando los sucesos de Cádiz, cuando los de Málaga, y últimamente con los de Jeréz.

Allí demostraron que cuando se trata de combatir al pueblo, pueden ser valientes hasta tocar en el heroísmo de la crueldad.

¡Malvados extranjeros que ponen en evidencia hasta el corazón de nuestros gobernantes!

Ellos nos echan á perder nuestras mas brillantes nulidades en política y administracion.

Nos ponen tamañitos á nuestros mas bravacones hombres de Estado: á esos valentones que cuando se trata de perseguir y matar españoles, y esos se encuentran indefensos ó mal armados, los exterminian con un ardor que podrian guardar para aquellos momentos en que se tornan en míseros pajarillos ante la prosopopeya de una serpiente de cascabel llamada embajador extraordinario.

Los extranjeros hacen el papel de *bú* para con nuestros inocentes y tímidos gobernantes que solo tienen valor para combatir con quince ó veinte mil hombres á doscientos españoles que reclamen el cumplimiento de promesas sagradas ó defiendan sus derechos villanamente conculcados.

¿Y por qué ocurren en nuestra patria cosas tan inauditas?

¿Por qué tan á menudo tienen que colorearse las mejillas españolas?

¿Por qué tienen que pasar sin la merecida contestacion ciertas declaraciones de periódicos oficiales del extranjero, cuyas declaraciones equivalen á groseros insultos para los españoles, enemigos por naturaleza de toda tutela estraña y humillante?

¿Quereis saberlo?

Pues sabed que esto sucede, porque se ha perdido, porque ha degenerado vergonzosamente la raza de los Guzmanes y de los Ensenadas, de los Minas y Empecinados.... ¡qué digo! ¡hasta la raza de los Narvaez se ha empequeñecido! Hoy no tenemos un hombre al frente del gobierno que como Narvaez, el sanguinario enemigo de los liberales, sea capaz de entregar los pasaportes y mandar enhoramala al embajador de una potencia arrogante que para apoyar sus exigencias amenazara con una poderosa escuadra en las aguas de Gibraltar....

Lo que está pasando en España, ¿es lo que los españoles esperaban teniendo al frente del ejército y del poder militar al hombre que en cada batalla ha sido un héroe, al que asombró al mundo en los Castillejos de África, al que puso espanto en las valientes huestes musulmanas en la accion de las *mochilas*?

¡General Prim! esa espada tan temida; esa espada que se enmohecia en la emigracion, ¿se habrá embotado y nada podrán esperar de ella los amantes verdaderos de la libertad?

Ese corazón que es mas grande que vuestro cuerpo, ¿se habrá empequeñecido al pasar por las mefíticas regiones del poder?

Pues si así es, debeis arrancaros esos entorchados que la patria ha bordado en las mangas de vuestro uniforme, debeis afeitáros el vigote y debeis arrancar de la historia contemporánea las gloriosas páginas que os tiene dedicadas.

¡Arriba, general Prim! arriba: despertad del letargo en que os han sumido los que os envidian, los que siempre han sido enemigos de la libertad, los que se asustan de toda expansion libre.

¡Arriba! poneos al lado del pueblo; del pueblo libre español que os coronará de gloria y sabrá hacer morder el polvo á la Europa entera, si la Europa se concitara para arrancarle su libertad y su independencia.

No temed al extranjero, despreciad las amenazas de esos *pequeños* emperadores que su mismo pueblo ha de pulverizar, y la España entera estará á vuestro lado.

FLORES DEL PARAISO,

(CON ESPINAS).

El dia 3 se celebró, se verificó en Florencia la fiesta del aniversario centenar del nacimiento de Maquiavelo.

En España, ni siquiera se han acordado de él sus aventajados discípulos.

Y cuidado que hay españoles que en punto á maquiavelismo rayan á una altura disparatada.



La corrida de toros verificada el último domingo en la plaza de Sevilla á beneficio de la redencion de quintos, estuvo poco concurrida.

Se conoce que la solucion dada á la cuestion de abolicion de quintas, no produce gran entusiasmo.

Efectivamente; que para conseguir la redencion del servicio militar por medio de dinero, no habrian muchos contribuido con su ayuda á la revolucion de setiembre.

Antes de la revolucion se tenian los mismos medios de redimirse.

Los desengaños hacen enfriar el entusiasmo mas ardiente.



¡Aleluya! ¡Aleluya!

¡Que repiquen las campanas; que se toque la marcha real por todas las bandas de música; que el corazon de los españoles respire con desahogo y atruene el espacio con entusiastas vítores y aclamaciones!

—¿Qué sucede, señor?

¿Se admitió la dimision á Figuerola?

¿Se ha prohibido cobrar la capitacion?

¿Ha ocurrido algo grande y beneficioso para el país?

—De modo, ¿que nó saben ustedes lo que ocurre?

—Nada sabemos; ¡qué perjudicial es la ignorancia!

—Pues sepa el país que el rey Victor Manuel empieza á ceder en su negativa á consentir que su hijo el duque de Aosta acepte la corona de España.

—¿Es cierto eso?.....

Pues si es cierto, venga música y barniz para el rostro de muchos españoles que tienen desconchado el rostro.

SECCION RECREATIVA

PARA SEÑORAS, NIÑOS, ETC. ETC.

UN SACO DE CUENTOS,

POR MARIANI.

Cuento cuarto.

EL PRÍNCIPE PICHON.

(Conclusion.)

En el acto se abrió la puerta con grande estrépito y una bocanada de aire templado le azotó el rostro.

Penetró y se encontró en una habitacion con tres baños de mármol, en cada uno de los cuales caian dos caños, uno de agua templada y otro fria; pero no vió á nadie que estuviese esperando para bañarse en ellos.

De repente cesaron los chorros de derramar agua, porque los baños estaban llenos.

Al comerciante le pareció una buena ocasion de darse un baño templado, y sin detenerse en nada, pues no habia allí quien se lo estorbara, se empezó á desnudar. Conforme estuvo desnudo, se acercó al primer baño con intencion de meterse en él, mas no bien puso el pié en el borde cuando le sacudieron un azotazo en las nalgas que le hicieron prorrumpir en un lastimero grito.

¿Estará este baño reservado para el dueño de la casa? dijo para sí, y se dirigió al segundo baño, pero le repitieron un segundo azotazo tan estremadamente fuerte que desistió de su propósito de bañarse. Se miró la parte dolorida, y se asombró de lo grande que serian las manos que le habian azotado, pues en cada lado vió cinco dedos señalados del tamaño de cinco ó seis pulgadas cada uno. No quedó en esto el castigo de su imprudencia, sino que le asestaron tan soberbio puntapié que fué á parar enmedio del patio, cerrándose la puerta al mismo tiempo.

Estos contratiempos no disminuyeron la curiosidad que dominaba al comerciante de seguir visitando las demás piezas.

Llegó á la tercera puerta, y después de cansarse inútilmente en buscar el resorte que debia abrirla, reparó en una llave de oro con una cinta encarnada que estaba colgada junta á la puerta.

Metió la llave en la cerradura, y por mas vueltas que le daba, la puerta no se abria. Sacó la llave y la volvió á meter sin conseguir su intento. Se puso á examinar la llave, y vió que en la cinta decia:

«Échame por debajo de la puerta.»

Obedeció el mandato, sintió que por dentro andaban en la cerradura, é inmediatamente quedó franca la entrada.

Quedó sorprendido con el espectáculo que se le ofreció á su vista. Por todas partes no se veian mas que jarrones, palanganas, lámparas y otros efectos de oro y plata. Quiso ver lo que contenian las innumerables barricas que allí habia, y las encontró llenas de diamantes, perlas y otras piedras preciosas. En otras vió que contenian hasta los bordes monedas acuñadas de oro y plata y barras de los mismos metales.

—Vea usted, dijo entre sí, que buena ocasion de enriquecerme como el mas poderoso de la tierra; pe-

no atordándose del castigo anterior, no se determinó á tocar nada; sin embargo, como la avaricia trabaja tanto en el corazón humano, se llegó á la barrica de los diamantes y cojió un puñado que con su importe habria bastante para enriquecer á un monarca. Esperaba ser castigado como lo habia sido antes, mas con gran sorpresa suya no sucedió así. Alentado con la impunidad, se llenó los bolsillos y huecos de su traje de piedras preciosas y perlas, y se apresuró á salir antes de que llegara el invisible guardian de aquel tesoro; más apenas puso el pié fuera de la puerta, le dieron tan fuerte tiron de orejas, que le obligó á detenerse á su pesar. Entónces sintió que le desalojaban los bolsillos sin dejarle la mas pequeña piedra; cuando le sacaron la última se cerró la puerta.

Cada vez mas aguijoneado de la curiosidad nuestro comerciante, se dirigió á la otra puerta que apenas la empujó se abrió de par en par; pero léjos de hallar cosa que admirar como en las anteriores salas, solo vió las cuatro paredes desnudas, y solo en una de ellas un llamador pendiente de un grueso cordon encarnado. Tiró de aquel cordon y se sintió un ruido tan extraordinario como si se viniera abajo toda la casa. Entónces se abrió una de las paredes y apareció un gigante tan horrible, que el pobre comerciante todo trémulo no tuvo valor para otra cosa que para arrojarle á sus piés pidiéndole misericordia. El gigante lo cogió por una de las muñecas apretándose las tanto que el comerciante daba gritos de dolor. De esta suerte lo arrastró mas bien que lo llevó á un agujero que habia en la pared y lo metió por él, dándole un fuerte empujón.

Así que entró por el agujero se encontró en una pieza, cuyo pavimento estaba todo cubierto de huesos, calaveras, y restos humanos. Horrorizado de lo que estaba viendo, se persuadió de que allí le habian introducido para que pereciera de hambre como á las demás personas á que habrian pertenecido aquellos despojos. Atemorizado con este pensamiento, trató de abandonar aquella lúgubre estancia saliendo por el mismo agujero por donde habia entrado; pero con gran sorpresa notó que el agujero habia desaparecido. Con esto nó le quedó duda del género de muerte á que estaba condenado.

En esta triste situacion se puso á llorar y á lamentarse por haber abandonado un bosque inmediato al mar, donde al menos tendria la esperanza de que algun dia pasara algun buque que lo condujera á su tierra y al lado de sus queridas hijas.

En vano trató de buscar salida para fugarse de aquella funesta prision. Para colmo del triste estado

á que se veia reducido, empezó á oír ruido como si arrastrasen cadenas, grillos é instrumentos de suplicio.

El comerciante no tenia ánimo ni aun para respirar, cuando oyó una robusta voz que dijo:

—¿Bajo?

Nuestro comerciante no despegó sus labios que temblaban de terror.

La misma voz volvió á repetir:

—¿Bajo?

Hasta que se repitió tres veces la misma palabra.

Entónces el comerciante, con el deseo de salir de dudas, se determinó á contestar á la voz, y dijo temblando:

—Baja.

Apenas el comerciante hubo pronunciado esta palabra, vió caer del techo un bulto que dió en el pavimento un gran porrazo.

El bulto se levantó como si tal porrazo hubiese dado, y se incorporó poniéndose enfrente del comerciante. Este se restregó los ojos como dudando de lo que estaba viendo, pero al fin, no le quedó duda de que la persona que tenia delante no era otra que la vieja á quien habia encargado la custodia de sus hijas al emprender un viaje tan desgraciado.

—¿Cómo te encuentras aquí, desgraciada? le dijo el comerciante.

—A su tiempo, contestó la vieja referiré á Vd. el cómo me encuentro en este palacio encantado. Bástele saber que si no se arma Vd. de valor, no solo perecerá, sino también sus hijas que se encuentran muy cerca de aquí.

—¿Es posible que estén aquí mis hijas? ¿Cómo, por donde han venido desde nuestro país?

—Vuestras hijas, lo mismo que Vd. están en la ciudad de donde Vd. partió para su viaje, en el que dando un gran rodeo ha venido á entrar en este palacio que está al extremo de la ciudad. Este palacio es de un príncipe que está encantado hace cuatro siglos, lo mismo que toda su servidumbre, por un gigante que es necesario que vos mateis para desencantar al príncipe Pichon, que así se llama, condenado por los encantos del gigante á estar, lo mismo que su servidumbre, invisible hasta que haya dos jóvenes hermosas que interesen su corazón, y le enamoren hasta el extremo de querer casarse con ellas. Llegado este tiempo habrá una culebra en este palacio que tendrá una ponzoña tal, que morirá en el acto la persona que por ella sea mordida.

El príncipe ha encontrado estas dos jóvenes, de quien se ha enamorado y desea casarse con ellas, y

son vuestras hijas. Si Vd. quiere hacerlas felices y librarlas de la muerte, lo mismo que á vos, es menester que cojais á la culebra que os he dicho y la arri-meis al pecho del gigante.

—Pero siendo mortal la picadura de ese reptil, contestó el comerciante, ¿cómo la he de poder cojer?

—Muy sencillo, respondió la vieja, es cojerla sin que haga daño. Tome Vd. estas yerbas, refrégueselas por la cara y las manos, y no tema Vd. nada.

Hizo el comerciante lo que la vieja le aconsejó, y cuando concluyó le dijo:

—Y ahora ¿qué hay que hacer?

—¿Vé Vd. aquel agujero que hay cerca del techo? pues allí está la culebra.

—¿Y cómo he de alcanzar allí, si aquí no hay muebles ni escalera?

—Es menester que construya Vd. una altura con estos huesos y estas calaveras, porque es necesario para conseguir el fin que apetecemos.

El comerciante puso manos á la obra con ardor, y al cabo de algunos minutos se encontró construida una altura para poder alcanzar al hueco donde estaba la culebra. Se subió, metió la mano y sacó con ella una serpiente monstruosa, de cuya boca salía una especie de lanceta que daba horror.

—Sígame Vd., dijo la vieja al comerciante.

Y tomó el camino, tocó en una de las paredes que se abrieron, y se hallaron en un suntuoso dormitorio donde había un lecho, donde se hallaba durmiendo el gigante, dando unos ronquidos que parecían espantosos truenos.

El comerciante, aunque amedrentado, arrió la cabeza de la serpiente al pecho del gigante, en el que clavó el venenoso aguijón.

Cuando el gigante se sintió herido, dió un tremendo grito y cayó al suelo revolcándose en las convulsiones de una terrible agonía, hasta que quedó sin movimiento. Entonces la vieja dijo al comerciante. —Coja Vd. el alfanje y córtele la cabeza sin asustarse por el ruido que oiga.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Con la presente visita termina el tomo de esta edicion que se refunde en la económica desde el próximo dia 14 del corriente mes, complaciendo así á la mayoría de nuestros suscritores.

Los señores que tienen anticipado el importe de algunos meses al precio de 6 rs., recibirán el *Padre Adam* doble tiempo, ó sea á razon de TRES REALES cada mes que costará el periódico en lo sucesivo.

SEVILLA: Imp. de la MADRE EVA: Génova 17.

Cojió el comerciante el alfanje y cortó la cabeza del gigante de un solo tajo. La vieja la envolvió en su delantal, y conforme salieron de la estancia se hundió esta con un estrépito espantoso, y se encontraron en el primer patio donde estuvo el comerciante cuando entró en aquel palacio.

Entraron en el comedor y poco faltó al comerciante para desmayarse de alegría al ver á sus dos hijas, que se arrojaron á sus brazos, en compañía de un príncipe hermosísimo que tambien lo abrazó tiernamente.

Por todas partes se veian numerosos criados que habian sido desencantados al mismo tiempo que su señor, que fueron los que castigaron al comerciante anteriormente, y por lo cual le pidieron perdon humildemente.

Acercáronle un sillón, y sus hijas le refirieron lo ocurrido desde que emprendió el viaje; tal como yó os lo referí al principio de este cuento, en que quedaban dormidas, manifestándole que se sintieron acariciadas sin poder ver al ser que les tributaba aquellas caricias; que en aquel palacio nada les habia faltado de cuanto humanamente pudieran apetecer; que el único disgusto que habian tenido fué el estar sin saber de su querido padre, y el deseo de que su misterioso príncipe tomara forma tangible; y por último, que un mago habia llegado aquella mañana al palacio, y descubierto el secreto de matar al gigante, como efectivamente sucedió.

Después que el padre oyó aquella relacion, volvió á abrazar á sus hijas y al príncipe, y por espacio de muchos dias se celebró con todo género de fiestas el feliz desencanto del príncipe Pichon y de multitud de cortesanos que le acompañaban.

El comerciante rogó al príncipe su yerno que le refiriera la historia de su encantamento, y él le dió palabra de hacerlo tan luego como le enseñara todas las preciosidades encerradas en aquel palacio.

Fin del cuento cuarto.

